

Utopías en un futuro incierto

Cero K, de Don DeLillo

Mauricio Ruiz

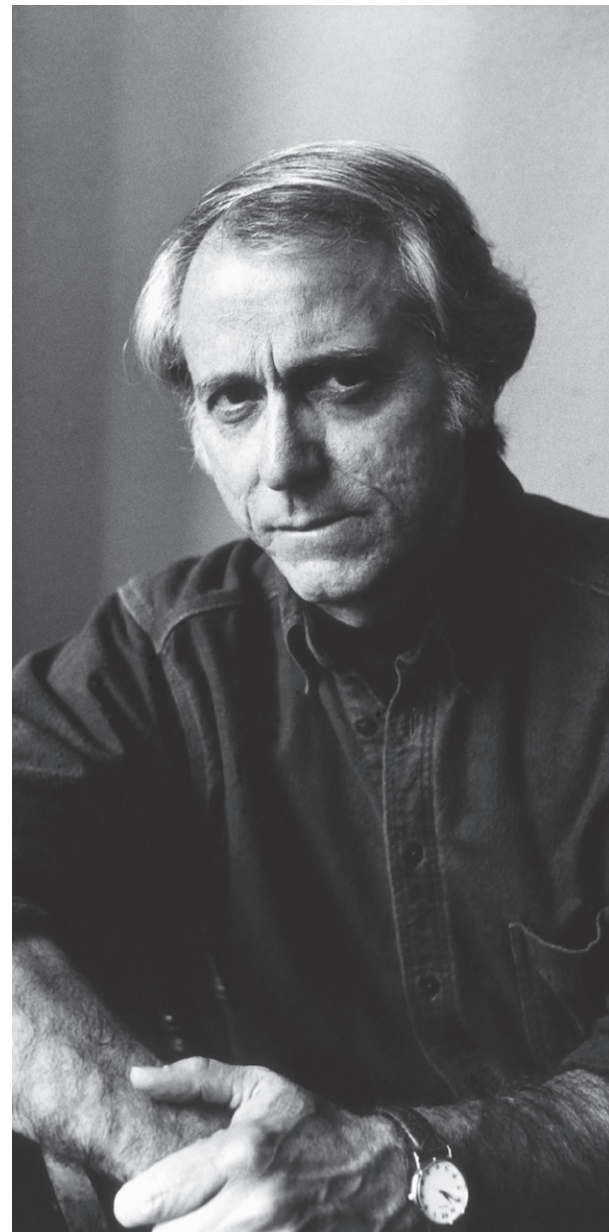
EN EL CUENTO DE DON DELILLO, *Sine Cosine Tangent*, el narrador encuentra un refugio en el lenguaje; desde muy niño esos símbolos, esos sonidos lo acompañan. Palabras como *Bessarabian*, *penetralia*, se encuentran muy cerca de él, parecen cobrar vida en su aliento. «Me veo en esas palabras», nos confiesa en un momento de fervor.

A lo largo de su obra, DeLillo se ha distinguido por ser un orfebre en la página, cada frase un obsequio para el oído y la mente, para la imaginación del lector. Su lenguaje nos seduce, juega con nuestras expectativas y las tuerce, nos desorienta, y al final desarma nuestra racionalidad para llegar hasta el subconsciente. A sus obras, sobre todo las más recientes, es difícil someterlas al análisis convencional de una obra dramática; el conflicto es en ocasiones muy tenue y la trama no sigue un arco narrativo definido. Además, los temas que le atraen parecen ir casi siempre de la mano de escenarios con un trasfondo a veces apocalíptico, a veces de paz y esperanza. El arte y el terrorismo, la guerra, la muerte y el deterioro de la relación de pareja, todo está conectado en el universo creativo de DeLillo.

¿Qué hay después de la muerte? Esta pregunta ya la había presentado en *Underworld*, al igual que en cuentos como *The Angel Esmeralda*, donde lo trágico se mezcla con lo místico, lo religioso con lo mórbido, y es todo ello, tan solo en un puñado de páginas, lo que hace al lector regresar al texto y encontrar un significado distinto en cada lectura.

En *Cero K*, su novela número dieciséis, nos encontramos con Ross Lockhart, un hombre definido por el dinero, por los

Don DeLillo en 1999. (Fotografía: Schiffer-Fuchs/ ullstein bild por Getty Images)



negocios que le han hecho pasar casi tantas horas en un avión como en tierra; ha hecho su fortuna, y sin remordimiento, estimando los riesgos causados por desastres naturales. Lockhart es un visionario, un excéntrico rebelde que no se someterá a nada, ni siquiera a la muerte o a la soledad que ésta causa. Es su hijo, Jeff Lockhart, quien lleva al lector de la mano a través de la historia. Nos hayamos en un terreno inmenso, una especie de campus científico en medio de la nada llamado *Convergence*, creado y financiado por su padre.

A DeLillo no le interesa crear suspenso banal, guardarse la información hasta el último momento. Desde un comienzo nos revela lo que hay de por medio. Artis Martineau, la segunda esposa de Ross, padece de enfermedades terminales y juntos han tomado la decisión de que cuando llegue el día, Ross la acompañara a que se sumerja en la tina de un sueño temporal, si bien gélido, hasta que la ciencia haya madurado para enfrentar de un modo más digno los males que ella sufre; *Convergence* es un centro de conservación criogénica. El lector siente la desolación del paisaje, la esterilidad que reina en esos largos pasillos con docenas de puertas a las que no está permitido entrar. ¿Cómo será la vida en el futuro, los avances que realizará el ser humano? Tal vez las células podrán ser reacondicionadas, nano-robots se introducirán en el torrente sanguíneo y repararán tejidos, ampliarán nuestra capacidad cerebral: la utopía tecnológica al alcance de la mano.

¿Y qué hay de ese problema tan serio, el cual ha sido negado por muchos? En grandes pantallas Jeff observa inundaciones y diluvios, desbordamiento de ríos que causan daños irreparables, una muestra de la destrucción que el hombre se ha infligido: el calentamiento global.

En la novela hay momentos de dolor, instancias de drama y alta tensión donde el lector cambia de página tanto por el placer de las frases ingeniosas y esbeltas,

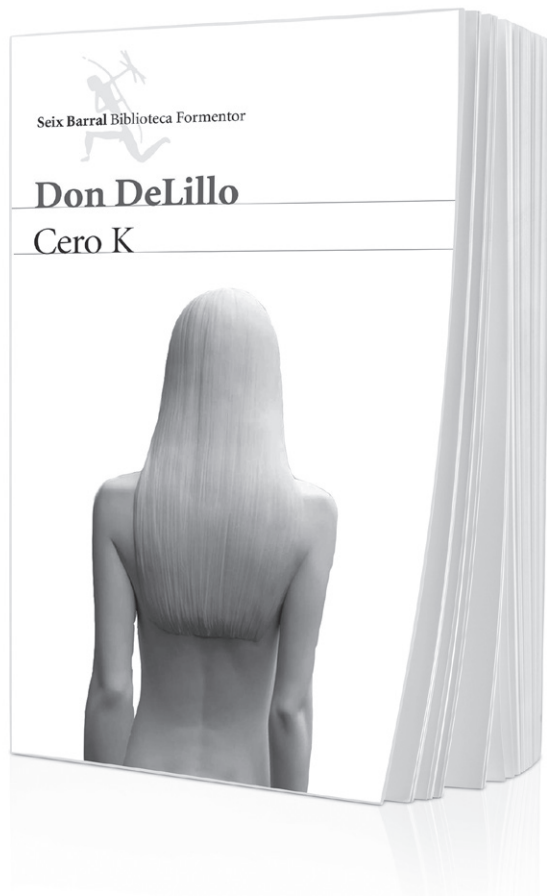
concatenadas con precisión y musicalidad, como por la ansiedad de saber qué es lo que pasará. En un momento nos encontramos con un dilema que Shakespeare y Von Kleist exploraron en otras variantes: ¿puede el amor ser tan grande que no haya miedo de acompañar a la amada o al amado a la muerte?

Y ese es uno de los muchos placeres que leer a DeLillo provoca, el tipo de preguntas que genera, en este caso: ¿se considera suicidio quitarse la vida si es de manera hipotéticamente temporal? Si se asume la existencia de un alma, ¿qué ocurre con ella durante el período en que el cuerpo se halla en estado criogénico? Y al regresar a la vida, ¿se mantendría intacta la mente y personalidad del individuo?

El pensador neoyorquino comparte la aproximación al arte de personalidades como Michael Haneke y Steven Millhouser, Deborah Eisenberg y Jenny Erpenbeck. En la terminología de Umberto Eco, sus obras son siempre muy *abiertas*, con múltiples e incluso contradictorias interpretaciones. El uso de metáforas expanden el entendimiento, a veces reducido, que le damos a la realidad, tal vez porque nos facilita las cosas. En *Falling Man* un hombre con sogas al cuerpo se deja caer del cielo, un espectáculo de libertad que de inmediato es reprimido por el orden establecido. No hay tiempo ni lugar para el sin-sentido en la sociedad.

En la segunda mitad del libro observamos el tipo de universo urbano que DeLillo tenía pensado para *Cero K*: las calles de Nueva York. Dentro de un taxi, la ciudad se nos presenta en esbozos amarillos, azules y grises, siempre móvil y cambiante. Los pequeños detalles, las miradas entre extraños, los rituales de seguridad en aeropuertos, los patrones casi imperceptibles en medio de la gran urbe, todo ello es motivo de interés para DeLillo y, en sus palabras, un viaje irresistible para el lector.

Jeff se halla en una relación con Emma y vemos su interacción, a veces cariñosa, a veces pragmática y



Cero K
Don DeLillo
Traducción de Javier Calvo
Barcelona, Planeta, 2016
320 pp.

conveniente. Visitan una galería de arte, escenario que DeLillo encuentra rico en significados y que ha utilizado en obras como *Point Omega*, *The Body Artist*, *Baader-Meinhof*, entre otras. A menudo son ancianos con bastones los que se pasean, se detienen delante de los cuadros y respiran con dificultad al admirar los lienzos. Los únicos que, por gusto o por limitación, no avanzan por las salas con prisa.

¿Qué implica adoptar un hijo? ¿Qué tipo de persona es el que toma esa decisión?

Jeff y Emma deciden adoptar un niño de Ucrania; los efectos de la crisis política y social en la antigua República Soviética no han cesado. ¿Habrá acaso un Vladimir Putin en el futuro? Dos años han pasado desde el deceso de Artis y la vida en Nueva York avanza con su ritmo agobiante y opresivo. Todo es cíclico.

Visitamos el colegio donde Emma trabaja con niños discapacitados. Abundan las imágenes de ternura y esperanza, momentos de alegría y gozo que el lector acepta con gusto, todo ello en contraposición al sabor amargo de saber que la sucesión de latidos es un trayecto, a veces más corto de lo que deseamos, y que al final hay una batalla interna que no se puede librar, ni siquiera en el *Convergence*.

En *Cero K*, como en muchas de sus obras, el consuelo que DeLillo ofrece va más allá de la página y que resuena en lo más profundo de nosotros aun mucho después del último párrafo. **AVA**